

cia súbita, el espectáculo de la estación obró lo que no pudo obrar, desde el remoto pretérito, el cordobés Séneca. No volví jamás a descomedirme ante una dificultad encontrada en mi camino. Y algo más que esto: aprendí a perdonar las injurias. El tiempo lo puede todo. «El tiempo y yo para otros dos», decía Felipe II, repitiendo un refrán conocido. Al tiempo fiaba yo la solución de mis conflictos íntimos. Cuando un compañero que me debía gratitud me arañaba pérfidamente en los periódicos, yo

aplazaba la contraofensiva para el día siguiente. Consultaba con la almohada, como se dice. Y al cabo de unas horas, mi espíritu era otro. No daba importancia a la ingratitud. Si veía al amigo infidente, conversaba con él con tanta cordialidad como antes. Ante mi vista tenía constantemente la escena de la estación, en plena Mancha: el hombretón forzudo y colérico que, sanguinolentos los ojos, vocifera y maltrata a una débil y espiritual mujer, pálida, medrosa y toda encogida.

